



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: El contexto ideológico del neoliberalismo argentino

Autor: Pena de Matsushita, Marta Elena

Forma sugerida de citar: Pena, M. E. (1998). El contexto ideológico del neoliberalismo argentino. *Cuadernos Americanos*, 2(68), 193-224.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XII, Núm. 68, (marzo-abril de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

El contexto ideológico del neoliberalismo argentino

Por *Marta Elena* PENA DE MATSUSHITA
Universidad de Doshisha, Kyoto, Japón

EL PANORAMA INTELECTUAL Y POLÍTICO actual de América Latina se caracteriza por su pragmatismo, la proclamada muerte del tercermundismo y el predominio casi incontestable del neoliberalismo al que se ha calificado de un “fantasma que domina al continente”.¹ El viejo debate de posguerra entre capitalismo y socialismo ha terminado. Ya no se discute cómo sería una futura sociedad socialista frente al capitalismo existente o al socialismo existente, sino que el debate gira en torno al capitalismo futuro, y al gobierno que le corresponde. El debate ocurre en el marco de una opción por la democracia en lo político y el capitalismo en lo económico y el punto de partida son los logros de los países centrales. Se produce un renacer de los seguidores de Adam Smith, para quienes el capitalismo no es tanto una institución histórica sino una suerte de producto natural de la civilización, y quienes se preguntan, cuando el capitalismo no funciona, cuáles son los obstáculos que se oponen a su realización. Como es sabido, en América Latina la formación de una sociedad capitalista está en buena medida vinculada al desarrollo del Estado moderno a mediados del siglo XIX. El Estado intervino para imponer a la sociedad en su conjunto un modelo de desarrollo, y las intervenciones desde 1930 hasta 1970 han tenido como característica marcada que nunca han ido contra la economía de mercado, salvo en los casos de regímenes socialistas declarados, como el de Cuba, sino que han tratado de estructurarla. Por lo demás, esas intervenciones han representado una iniciativa política apoyada en argumentos técnicos, que en su momento suministraron las teorías en boga, primero keynesianas y luego las desarrollistas de la CEPAL.

La ofensiva neoliberal, tal como se inició en Chile y se difundió luego a otros países, entre ellos Argentina, ha tenido un fuerte tono ideológico antiestatal. Aunque parece paradójico hablar de

ideologías, puesto que los gobiernos neoliberales se caracterizan por su pragmatismo y desdén por lo ideológico, habiéndose proclamado "la muerte de las ideologías", un análisis en el plano ideológico no es por cierto carente de sentido. Creemos que no lo es pues la presunta ausencia de ideología en verdad encubre el predominio incontestado de una de ellas, la neoliberal, que parece haberse impuesto sin que otras tengan capacidad de enfrentarla. En nuestro trabajo nos proponemos enfocar el trasfondo ideológico del neoliberalismo con especial referencia a Argentina, teniendo en cuenta para ello por una parte el trasfondo intelectual que caracteriza hoy a América Latina, y por otra, los antecedentes ideológicos que se descubren en la tradición intelectual liberal de Argentina en el momento de la formación del Estado nacional moderno, a mediados del XIX.

1 El actual medio ideológico

1. Las posiciones abandonadas

UN tema de profundo interés es el de la actitud de los intelectuales latinoamericanos de hoy, la cual debe ser vista en el marco más amplio de la crisis de la izquierda. Dos son los embates que la han afectado: la pérdida de significado a fines del siglo XX de lo que fueron en su tiempo los propósitos revolucionarios, como la supresión de la propiedad privada. A doscientos años del surgimiento de la izquierda, ésta se encuentra con que no puede seguir creyendo en lo que era el pilar de su creencia: la viabilidad de la transformación integral de la sociedad.²

La década de los ochenta fue testigo de los intentos de renovación de la izquierda sumida en una crisis cuyas causas objetivas serían la desaparición del entusiasmo revolucionario en el continente y el surgimiento de un nuevo tipo de dictaduras tipificadas por Guillermo O'Donnell como regímenes burocrático-autoritarios. Las estrategias tercermundistas también cayeron en el descrédito por fenómenos tales como la asfixia de la deuda externa y el evidente agotamiento del modelo de desarrollo autónomo. A esto sobrevinieron la marea democrática y la caída del "segundo mundo" con lo cual automáticamente dejaba de tener sentido hablar de un "tercero".

Rodrigo Arocena. "La izquierda ante la decepción", *Nueva Sociedad* (Caracas), núm. 141 (enero-febrero de 1996), p. 71

En el análisis de la crisis de la izquierda se puede afirmar con razón que la izquierda ha vivido otras crisis, pero la actual parece tener características distintas y definitivas. Arocena apela al esquema teórico sugerido por Alberto Hirschman, en el sentido de que hay oscilaciones en el involucramiento del accionar colectivo, en forma de movimientos pendulares de las prioridades de lo privado y lo público.³ En este contexto, lo que caracterizaría hoy a la crisis de la izquierda sería que el movimiento pendular se ha detenido, muy cerca de un máximo de involucramiento del sector privado. Lo que distingue a las corrientes que dieron relevancia histórica a la izquierda, como el socialismo y el comunismo, es su énfasis en el accionar colectivo. Lo que da un carácter distinto a la crisis de la izquierda es que la sociedad en su conjunto muestra una profunda decepción acerca del accionar colectivo, resultado de "una casi invencible fatiga colectiva frente a cualquier aspiración al cambio radical".⁴

Mucho se elucubra sobre el futuro de la izquierda, pero no se descarta que lo que Arocena ha llamado la "izquierda posdecepción", siga teniendo un papel, aunque menor, en la política real. Se sugiere que el sueño de cambiar la sociedad y la vida hacia que a veces la izquierda se alejara de la vida real y, por lo tanto, se podría esperar que la crisis en que está sumida le dé un mayor realismo. Sus perspectivas están limitadas por la globalización y la convicción que parece predominar en la sociedad a nivel mundial de que se obtienen frutos más ciertos luchando a nivel de pequeños grupos que a nivel de unidades mayores y en último término más abstractas, como sería el caso de la clase social. La izquierda se enfrenta con una serie de tensiones ideológicas, como su difícil relación teórica y política con la categoría de "mercado", o su realidad vital presente, de tener que actuar en un mundo donde ya la oposición no se da entre capitalismo y socialismo, sino entre sociedades cerradas, movidas por la "lógica de la acumulación" y "sociedades abiertas" que actúan conforme a la lógica del intercambio.⁵

³ Albert Hirschman, *Shifting involvements Private interest and public action*, Princeton University Press, 1982.

⁴ Tulio Halperin Donghi, "Promesa y paradoja en el triunfo de la democracia", *La ciudad futura*, núm. 33 (julio de 1992), p. 35.

⁵ Isidro Cisneros Martínez, "El espacio normativo de la izquierda y la nueva geometría de la política", *Nueva Sociedad* (Caracas), núm. 141 (enero-febrero de 1996), p. 85

Como ocurre también a nivel mundial, para la izquierda latinoamericana no parece claro cuál será su nuevo programa, de haberlo, ni tampoco cuáles serán los sujetos del cambio al que la izquierda, por su misma naturaleza, debe aspirar. Tampoco faltan las voces pesimistas que aseguran que la izquierda, de seguir viviendo, quedará irremediablemente limitada a una versión "minimizada" en su vertiente reformista, con una definitiva pérdida de su faz revolucionaria.

Pese a lo anterior, tampoco puede rechazarse la posibilidad de que la izquierda vuelva a cobrar vigencia porque hay en las experiencias neoliberales del presente tendencias que podrían fortalecerla, como la desocupación, que induce a la solidaridad y a alimentar nuevas utopías de "cambiar la vida".

En el marco global que hemos esbozado, se sitúa el cambio de postura de los intelectuales latinoamericanos de hoy. Por doquier se escuchan voces de triunfo de la democracia y el neoliberalismo, y al conjuro de esa corriente hay un marcado cambio de posiciones de intelectuales ex marxistas y radicales, fenómeno que por sus características y dimensiones ha recibido de James Petras el calificativo de "retirada de los intelectuales".⁶ A un hombre como Petras, de reconocida filiación de izquierda, le parece muy sugestivo que los intelectuales proclamen la muerte del marxismo en momentos en que muchos fenómenos políticos y socioeconómicos parecen confirmar, en lugar de negar, el análisis marxista: la creciente división entre trabajadores asalariados y el capital, con un número en aumento de trabajadores empleados en tareas mal remuneradas, especialmente en el sector servicios; la creciente explotación de los trabajadores en un marco de desmantelamiento de los estados de bienestar; la marcada naturaleza de clase del Estado, representante de los grandes intereses económicos y financieros, nacionales y extranjeros, en confrontación más o menos abierta con la clase obrera y sus representantes, los sindicatos.

Como bien se ha señalado, este abandono de posiciones militantes por parte de la izquierda, en la figura de sus intelectuales, no es nuevo, y la retirada de hoy se puede interpretar como una que recoge los frutos de la retirada de los sesenta, cuando intelectuales de izquierda, como Lipset o Glazer, se proclamaban de vuelta del marxismo, repudiando el reduccionismo clasista y percibien-

James Petras, "Los intelectuales en retirada", *Nueva Sociedad* (Caracas), núm 107 (mayo-junio de 1990), p. 92.

do los valores de la democracia capitalista.⁷ El retiro que hoy se presencia tiene sin duda características globales y se ve inspirado por el ejemplo de los “maestros” extranjeros. Sin duda el más impactante es el de Andre Gunder Frank, otrora gran maestro de la izquierda latinoamericana, convertido hoy en el defensor de una Europa capitalista y unificada, como alternativa al imperialismo norteamericano, abandonando toda idea de una política de clase.⁸ Comparado con Frank y su abandono del análisis metrópoli-satélite y su bienvenida al capitalismo en China y la Europa oriental, más lejos todavía ha ido Régis Debray, quien exhibe una concepción de la política mundial que gira en torno a los poderes centrales y se muestra preocupado, antes que por ninguna otra cosa, por el papel de Francia en el nuevo orden mundial.

Lo que Petras denomina “intelectuales orgánicos” es aproximadamente lo que Gramsci entendía por ello, es decir, intelectuales comprometidos directamente en la lucha política contra el capitalismo y el imperialismo. También es un concepto de indiscutible parentesco con el concepto mariateguiano del “intelectual militante”, que asumía su puesto en la vanguardia de la lucha revolucionaria. Los intelectuales habrían pasado de ser “orgánicos” para convertirse en intelectuales “institucionales” que en institutos de investigación bien financiados responden a los dictámenes de los centros de poder tanto en los temas de sus investigaciones como en las conclusiones a las que arriban.

No todos los estudiosos que escriben desde posiciones de simpatía hacia la izquierda coinciden con el análisis de Petras sobre la realidad latinoamericana. Carlos Vilas, entre ellos, acepta que ha ocurrido lo que Petras denominó “la defección de los intelectuales críticos”, pero le reprocha una excesiva generalización y una lectura deficiente de Gramsci, para quien la organicidad de un intelectual resultaba de su capacidad de expresar la propuesta política de una clase o grupo social, con independencia de su propia situación de clase y pertenencia a ciertas organizaciones políticas. Por tanto, en el concepto de Gramsci, la “organicidad” del intelectual no resulta de un contenido ideológico de corte izquierdista. Vilas supone que la izquierda de los sesenta fue menos “orgánica” que los intelectuales de hoy, que tienen por cierto mayor incidencia,

⁷ James Petras, “Berkeley and the New Conservative Backlash” *New Left Review* num. 31 (mayo-julio de 1965), pp. 58-64.

⁸ Andre Gunder Frank, “World debt: The European challenge and 1992”, *Economic and Political Weekly*, 29 de abril de 1989, p. 16.

desde posiciones de gobierno o académicas, en los procesos políticos y sociales, que la que tuvo la izquierda en su momento.⁹

Por cierto, los intelectuales protagonistas de la "retirada", ya sea ésta completa o parcial, también hacen su propia defensa de posiciones. Mario Vargas Llosa, por ejemplo, ve el cambio como un intento de los intelectuales de superar el discurso político vacío de voluntad de conquistar una cultura de la libertad auténtica. La situación ha sido calificada de "desencanto", que se diferencia de la desilusión en cuanto no implica perder las esperanzas, sino la falsa idea de que había un primer modo de desarrollo, un segundo, el de la URSS, y un tercero para América Latina. Ese desencanto ha permitido, paradójicamente, descorder la cortina y descubrir lo que estaba detrás: la "posibilidad de elegir", de escoger el camino de la prosperidad manejando a su favor condiciones externas que no se pueden controlar completamente.¹⁰ La argumentación de los intelectuales que han protagonizado un cambio de posiciones se inserta en el contexto más general de una cultura política transformada, pues, como lo ha señalado Levine, "vivimos en un mundo sin excusas, sin culpa, sin yanquis, donde el imperialismo o la soberanía son susurros que no sirven para proclamarse como víctimas".¹¹

Otro intelectual militante de los sesenta hace su aporte a las explicaciones del cambio en forma de un análisis de la evolución del pensamiento económico latinoamericano. Se trata de Fernando Henrique Cardoso, para quien la etapa de elaboración de los cincuenta y sesenta abrió paso a una etapa de crisis y crítica, que es ubicada en los setenta y ochenta, para anclar en los noventa, caracterizados por el presidente brasileño como etapa de "renovación". La primera etapa estuvo vinculada a la CEPAL y a la figura de Prebisch, con la teoría del centro-periferia y la incorporación a lo internacional entendido como algo que modelaba la realidad nacional, por lo cual era necesario entender de qué manera lo hacía. La preocupación dominante era que el pensamiento estuviera al servicio del desarrollo, por lo que el intelectual se sentía con la misión de suministrar dirección y contenidos concretos como ac-

⁹ Carlos M. Vilas, "Sobre cierta interpretación de la intelectualidad latinoamericana", *Nueva Sociedad* (Caracas), num. 107 (mayo-junio de 1990), pp. 121-123.

¹⁰ Mario Vargas Llosa, "América Latina y la opción liberal" en *El desafío liberal*, pp. 23-27.

¹¹ Barry Levine, "Un manifiesto liberal para América Latina en una era de desencanto", p. 65.

tor principal del desarrollo. Los intelectuales estaban dominados por una intención que Cardoso evoca, con un dejo de nostalgia, poniéndola en el pasado.¹² La etapa de crisis y crítica habría estado marcada por la creencia en la necesidad de la democracia para el desarrollo, con el interés puesto más en la dinámica de las clases sociales que en las instituciones. El tema de la construcción de la democracia fue, según Cardoso, decisivo para el compromiso político de los intelectuales. Hacia finales de los ochenta sobrevino un sentido de crisis, primero por la incapacidad del modelo para lograr la justicia, luego por la deuda y finalmente por los efectos negativos del peso de la máquina estatal.

Cardoso atribuye el debilitamiento de los enfrentamientos ideológicos a la necesidad experimentada por los intelectuales de unir filas en la lucha en pro de la democracia o, puesto en sus palabras, "la lucha por la democratización tiene efectos de desideologización del pensamiento".¹³ A esto habría que añadir el hecho de que los intelectuales que se movían en los sesenta y setenta por el deseo de lograr ese mundo mejor y más justo, del que habla Cardoso, se han distanciado de las "utopías mayores" que en el pasado orientaron sus luchas, para conformarse con buscar las utopías "posibles". No cabe duda de que Cardoso está en lo cierto al afirmar, siempre en el proceso de justificar a la intelectualidad, que ha renunciado a sus posiciones izquierdistas y radicalizadas, que el pensamiento latinoamericano de hoy se enfrenta con un desafío: comprender nuevas relaciones estructurales en una sociedad distinta, con nuevas realidades políticas e insertadas, aunque no se quiera, en un proceso de globalización. Puesto en otros términos, los intelectuales no pueden seguir aferrados a los moldes ideológicos en los que encuadraban antes su acción y tienen que dedicarse a indagar cuál sería la mejor manera de aprovechar la globalización inevitable. La sociedad ha dejado de ser simple, advierte con acierto Cardoso, y dentro de la admisión de esa realidad el pensamiento latinoamericano sigue pensando en el cambio, aunque, como ya se lo ha dicho, guiado por la luz de utopías menos ambiciosas, pero posibles de alcanzar en la realidad.

¹² Fernando Henrique Cardoso, "El pensamiento socioeconómico latinoamericano en las últimas cuatro décadas", *Nueva Sociedad* (Caracas) num. 139 (septiembre-octubre de 1995), p. 21

¹³ *Ibid.*, p. 23

2. El nuevo panorama intelectual y la corriente neoliberal

Hay una diversidad de causas que explican el hecho de que muchos intelectuales hayan renegado de sus vinculaciones con el pasado en la lucha en favor de las clases oprimidas en posiciones revolucionarias. En general la izquierda, crítica del abandono de las posiciones revolucionarias, da como causas del cambio las siguientes:

a) Los regímenes militares que azotaron a América Latina, con particular violencia en el Cono Sur, y que invocando unos difusos valores de la “civilización cristiana y occidental” a la cual decían pertenecer, hostigaron en forma brutal y sin tregua a intelectuales marxistas o sospechosos de serlo.

b) El financiamiento exterior por parte de agencias de fondos europeos y norteamericanos, que se dirigen a alimentar la actividad de numerosos institutos en los cuales encuentran empleo no pocos intelectuales. Dado el origen de su empleo y las circunstancias que rodean al medio laboral en el cual actúan, esos intelectuales no pueden sino ajustar su agenda de investigaciones a temas que agraden, o por lo menos no molesten visiblemente, a los centros que pagan por llevar a cabo las investigaciones. Hay hasta un nuevo código con el que se manejan quienes ya no gustan de ser llamados intelectuales a secas, ni ideólogos, ni pensadores, sino “científicos sociales”, denominación más aséptica que elimina todas las sospechas de presuntos lazos políticos o connotaciones ideológicas como matriz del quehacer intelectual.¹⁴ o menos notable es el consiguiente cambio de la temática; ya no se investiga sobre el imperialismo ni la dependencia, y en cambio se prefiere con marcada inclinación el tema de los movimientos sociales, presentados como opuestos a una concepción clasista de la política, al incuestionable hecho de que hemos pasado de una sociedad centrada en el Estado a otra centrada en la sociedad civil (cuya existencia misma en los países latinoamericanos pone en duda alguno que otro escéptico) y emergentes de una estructura social heterogénea.

c) La tercera causa podría encontrarse en factores “físicos” que afectan a la intelectualidad latinoamericana que en otros tiempos fue radical y militante. Un factor nada desdeñable en el cambio fue el raleamiento de sus filas por el éxodo de muchos intelectuales. Es verdad que no pocos han regresado, al amparo de la demo-

¹⁴ Carlos Vilas. “Sobre cierta interpretación”, p. 127.

cratización y la caída de los regímenes militares, pero no lo es menos que muchos de ellos han pasado varios años en los centros de poder y que esa experiencia los marcó definitivamente en el aspecto intelectual y político. No menos importante es recordar que los intelectuales comprometidos de la década de los setenta son hoy hombres maduros deseosos de obtener reconocimiento intelectual y político, o temerosos de perder posiciones académicas y profesionales logradas después de las duras experiencias del exilio o de soportar los muchos riesgos de ser voces críticas en tiempos de regímenes dictatoriales que apelaban a la represión brutal para ahogar esas voces.

Frente al retroceso de las posiciones de izquierda y radicales, el neoliberalismo se erige casi sin oposiciones. En el liberalismo en su forma predominante hoy, el punto de partida es la idea de que la libertad y la soberanía son meros mitos en un estado de pobreza; dicho en otros términos, tanto a nivel individual como nacional, cierta prosperidad y poderío material son requisitos indispensables de la libertad. Parece dominar el panorama latinoamericano una convicción de que se ha presentado una oportunidad histórica que quizás sea única de cambiar un rumbo equivocado y convertirse en un grupo de países que prosperan porque ha hecho suya una cultura de la libertad.¹⁵

El neoliberalismo condena al gigantesco aparato estatal, resultado tanto de gobiernos con ervadores como liberales en el pasado, como la principal traba para el progreso, y, por consiguiente, trae como fórmula "mágica" la reforma del Estado. El sector público, en el diagnóstico neoliberal, ha invadido la sociedad civil, generando gastos e ineficacia y demostrando con meridiana claridad que mientras más grande es, más débil y corrupto resulta el Estado. El gigantismo estatal no sólo ha sido fuente de ineficacia, sino también de injusticias, pues en las débiles democracias latinoamericanas los que llegan al poder pagan a sus clientelas. Hace más de un siglo Juan B. Alberdi ya había formulado el mismo juicio, afirmando que en la democracia de los países sudamericanos "el apoyo siempre se compra".¹⁶

Dentro del planteo de la necesidad de reforma del Estado hay una intensa preocupación de que las reformas económicas y socia-

¹⁵ Vargas Llosa, "América Latina y la opción liberal", p. 34

¹⁶ Juan Bautista Alberdi, "Escritos económicos" en *Escritos póstumos*, tomo VI, Buenos Aires, Imprenta Cruz, 1989

les, cuya necesidad no se niega, no arrebatan la propiedad privada de mano de quienes la detentan, pues ella "tiene importancia crucial para la salud democrática de un país".¹⁷ La solución del problema de concentración de la propiedad privada no consiste en anularla, sino en popularizarla, en extenderla. Los liberales a ultranza piensan que todos los procesos se dan en el mercado, pero hay quienes afirman que, dadas las profundas desigualdades que caracterizan en el aspecto socioeconómico a las sociedades latinoamericanas, el proceso de privatización por el que se extiende la propiedad privada debe ser llevado a cabo con cierto criterio social, dando oportunidades, por ejemplo, a obreros y empleados de las empresas que se privatizan, para adquirir acciones. Esta preocupación viene inspirada por la posibilidad que muchos han señalado de que la libertad económica puede resultar en que "los lobos tienen el derecho de comerse a los corderos" y que exige una serie de condiciones entre las cuales una fundamental es el buen funcionamiento del sistema judicial.¹⁸

Los entusiastas del neoliberalismo han confesado que hay cosas que se saben con precisión y otras que no. Entre las primeras figuran:

- a) El socialismo no funciona porque crea una economía que opera en términos de un mecanismo político y no de mercado. Cuando se afirma que no funciona significa que ha fracasado en el objetivo central, el de sacar de la pobreza a las masas. Los ideólogos neoliberales sostienen que, haciendo una comparación entre los diversos socialismos que han existido, puede concluirse que han empobrecido a los respectivos países por su ineficacia económica.
- b) El capitalismo funciona y los grandes éxitos económicos del mundo, tanto en Occidente como más recientemente en Asia, se dan en regímenes capitalistas. Admiten, sin embargo, los neoliberales que la relación no es causal ni necesaria, pues a la proposición "el socialismo empobrece" no puede oponerse de manera simplista la contraria de "el capitalismo enriquece". De esto se deduce que el capitalismo es condición necesaria, pero no suficiente, del progreso, y a título de ejemplo el de Argentina se

¹⁷ Vargas Llosa, "América Latina y la opción liberal", p. 31

¹⁸ Sobre los condicionamientos políticos véase Lucio Oliver Costilla, "La reforma del Estado en América Latina una aproximación crítica", *Estudios Latinoamericanos* (México, CELA-UNAM), Nueva Época, año 1, núm. 2 (1994), pp. 3-27

suele mencionar como uno de los casos "dramáticos" de régimen capitalista fracasado en su intento de lograr el progreso.¹⁹

c) La integración dentro del sistema capitalista mundial favorece el desarrollo. Ha quedado archivada, como caída en desuso, la teoría de dependencia, según la cual las naciones pobres, en su integración al sistema mundial, no habrían hecho más que aumentar la riqueza de los que ya eran ricos y caer en una explotación aún más honda, de todo lo cual se deducía que una ruptura con el sistema de explotación capitalista imperialista favorecería su desarrollo. El neoliberalismo ve que la experiencia de los países que sin dubitaciones se han incorporado al sistema capitalista mundial, como los países recientemente industrializados de Asia, muestra que no es la dependencia, sino el aislamiento, lo que lleva al empobrecimiento. Parecen resonar aquí también las palabras de Alberdi cuando afirmaba que no debía temerse "una dependencia libre y de pura civilización".²⁰

d) No existe una "tercera vía" entre el capitalismo y el socialismo, lo cual implica un rechazo de plano de la ilusión que al respecto mostraba el discurso populista. En las condiciones modernas no hay más fuerzas organizativas que el Estado y el mercado. Se niega como un ejemplo de tercera vía el de los países escandinavos, pues son totalmente capitalistas (entendiéndose por tal un modo de organizar la producción) con un sistema distributivo muy avanzado.

e) Las relaciones entre capitalismo y democracia, tema de gran importancia por el marco de democratización política en el que tiene lugar el experimento neoliberal en América Latina, son complejas. No siempre la misma política puede aplicarse al análisis de estas relaciones, pues en ciertos países, como el sudeste de Asia o Corea, al menos la primera etapa de su desarrollo ocurrió en medio de procesos políticos abiertos o solapadamente autoritarios. Sin embargo, tampoco puede negarse que todo capitalismo que obtiene éxitos económicos claros ejerce presiones democratizantes y que a diferencia de Asia, América Latina tiene una cierta tradición democrática, aunque su tradición capitalista es débil.²¹

¹⁹ Peter L. Berger, "América Latina bajo una perspectiva cultural comparativa", en *El desafío liberal*, p. 42.

²⁰ Alberdi, "Escritos económicos", p. 322.

²¹ Marta Elena Peña de Matsushita, "Antecedentes históricos ideológicos de la reforma liberal del Estado: el pensamiento económico de Juan Bautista Alberdi", *Cuadernos Americanos*, núm. 54 (noviembre-diciembre de 1994), pp. 97-212.

f) Las políticas que favorecen el crecimiento económico resultan en última instancia más favorables a los sectores de bajos recursos que las políticas redistribucionistas tal como fueron practicadas en el país por los regímenes populistas.

Frente a este cuerpo de verdades que los defensores del neoliberalismo dan por irrefutables, no se oculta la preocupación por el vasto campo de “lo que no sabemos”, en especial, cuáles son las condiciones suficientes para el enriquecimiento y la democracia. Tratándose de las condiciones necesarias, Samuel Huntington ha sugerido que el factor más importante para una democracia estable es el éxito económico logrado por la sociedad, respuesta por cierto algo perturbadora para los partidarios de la democracia latinoamericana. Parece cierto que al principio del despegue económico grandes sectores sufren y se da una polarización, pero quedan las dudas acerca de qué forma debe asumir el Estado para lograr un desarrollo económico exitoso y cuál debe ser su papel. Lo que queda en pie, sin embargo, es el optimismo de la “posibilidad de elegir ser prósperos”, pues las cifras de organismos como las del Banco Mundial en su *World Development Report* de 1991 afirman que los países pobres pueden crecer a un ritmo más rápido del que tuvieron los países ricos en un estado de desarrollo semejante, pues lo avanzado de la tecnología moderna hace que los beneficios de importarla sean comparativamente mayores.

II. La perspectiva intelectual argentina

1. Los antecedentes ideológicos liberales y el pensamiento de Juan Bautista Alberdi

EL modelo liberal en su forma acabada, de un desarrollo dependiente incorporando al país a la economía mundial en forma de proveedor de materias primas a la Europa industrial, recibiendo de ella capital, mano de obra y tecnología, fue formulado por Juan B. Alberdi. Se habla con profusión de una “fórmula alberdiana” para aludir al plan formulado por las *Bases* de Alberdi, y sobre todo ratificado en sus *Escritos económicos*, para realizar “la Argentina posible” o sea el destino de progreso que la élite liberal de ese tiempo, dirigida por Alberdi, imaginó para el país. Hoy, cuando la política neoliberal domina el continente, lo que dicen los gobernantes es cómo releer los escritos de Alberdi.

Los *Escritos económicos* estaban destinados a formular una teoría de la riqueza y la pobreza en Sudamérica que, a diferencia de los países ricos, sufría una crisis crónica, enraizada en la tradición española y confirmada por la vida como país independiente. Los conceptos básicos que hoy animan al neoliberalismo están presentes en Alberdi, como por ejemplo el predominio de los intereses económicos y pragmáticos por sobre las cuestiones político-ideológicas, el propósito de llevar a cabo el progreso mediante el capital extranjero, el retiro del Estado de la actividad económica y de bienestar, confiando en la actividad privada y el mercado como motor de la organización de las actividades económicas y sociales. Como es sabido, Alberdi fue un pensador que registró un marcado cambio de actitudes y fue evolucionando desde sus preocupaciones predominantemente filosóficas de juventud, a un interés casi exclusivo por las cuestiones económicas en su etapa de madurez. Mientras en su obra de juventud *Fragmento preliminar al estudio del derecho* (1837) consideraba como esencial y determinante de todas las demás a la libertad de pensamiento, en sus *Escritos económicos* pone como central a la libertad económica, y define a la democracia en términos esencialmente económicos, como un reparto igualitario de riquezas.

El punto de partida de los *Escritos* es que la pobreza es un hecho natural “codificado” en las costumbres latinoamericanas.²² Como causas, se dan las siguientes: *a*) la falsa idea de riqueza heredada de España, como algo que se obtiene sin esfuerzos, como un don, como “un hecho natural y no como lo que realmente es, un hecho moral producto del esfuerzo del hombre”;²³ *b*) la dilapidación, el gastar más de lo que se produce. Este mal, venido también de España, fue intensificado por la dependencia, que abriendo canales de comunicación con la Europa moderna introdujo los patrones de consumo de las sociedades ricas, pero sin introducir los hábitos de trabajo necesarios para mantenerlos. El hombre sudamericano, advertía Alberdi, “quiere trabajar como un turco pero vivir como un francés”,²⁴ y de este hábito resultaba la incapacidad de ahorro, la falta de acumulación de capital y como consecuencia, la crónica dependencia respecto del capital extranjero; *c*) la pereza, también de origen español, pueblo al que Alberdi conside-

²² Alberdi, “Escritos económicos”, p. 196

²³ *Ibid.*, p. 249

²⁴ *Ibid.*, p. 310

raba corrompido por siete siglos de lucha contra los moros, lo cual hizo de la guerra el único trabajo respetado. La presencia del indio y del negro en la sociedad americana no hizo sino fortalecer el desprecio por el trabajo considerado indigno de hombres libres.

En el planteo alberdiano el aspecto más trágico del panorama sudamericano es que la pobreza no sólo resulta de no trabajar, sino que el trabajo, tal como se lo practica, no logra sacar a los pueblos de la pobreza, pues no entra en la categoría de lo que Alberdi consideraba "trabajo inteligente", o sea el así tido por los conocimientos y libre de trabas monopólicas, además de estar socialmente reconocido y acompañado por los hábitos de ahorro.

Aunque la situación colonial que vivió Argentina sirve para explicar la existencia de grandes impedimentos al crecimiento, Alberdi pensaba que no toda la culpa recaía en España, pues no puede ignorarse que varias generaciones habían pasado ya por la vida independiente, sin haber demostrado capacidad para cambiar el curso de los acontecimientos. Lejos de mejorar las cosas, la vida republicana añadió nuevas causas al atraso económico y a la crisis crónica, como es el caso de los gastos militares alimentados por las guerras de independencia primero y más tarde por las largas luchas civiles. Ya formado el Estado moderno, el clientelismo propio de la democracia incipiente, con su compra de favores políticos y de apoyo electoral, añadió un elemento más de corrupción y desorden en las finanzas.

La aspiración por el progreso económico lleva a nuestro pensador a preguntarse por el modelo más apropiado para sacar a los países americanos de su crónica crisis. Alberdi afirmaba que el modelo no es una opción política, sino una imposición de la realidad, que debe ser acatada.²⁵

El modelo era visto como una resultante de condiciones naturales, por lo cual Alberdi entendía no sólo los recursos productivos, sino también el carácter nacional. Los gobiernos tienen por misión no contrariar el modelo que surge de la realidad, sino obedecerlo al tiempo que crean las condiciones de estabilidad, paz y orden jurídico para poder sacar el máximo provecho de las ventajas comparativas. Repitiendo a Adam Smith, profusamente citado en los *Escritos económicos*, Alberdi afirma que en países como Argentina, extensos, fértiles, con escasa mano de obra y capital, el destino es producir materias primas y alimentos para la Europa

²⁵ *Ibid.*, p. 59

industrial. Alberdi se opuso a todo proyecto industrializador y proclamó sin ambages sus ideas sobre la incapacidad científica industrial del hombre sudamericano, como se ve en aquello de que “un libro sudamericano no compra ni un almuerzo en Europa” y sus ideas de que emprender planes de industrialización era “un intento del mismo linaje del Quijote contra los molinos de viento”.²⁶ El entusiasmo de Alberdi por respetar un modelo que tenga en cuenta las ventajas comparativas le lleva a formular un singular juicio histórico cuando nos asegura que España hizo un bien y no un mal a América Latina al privarla de industrias, pues así puede gozar, por participación en el comercio internacional, de una buena industria, la europea, como si fuera propia. Dado que la riqueza surge por definición del comercio internacional, es a ese intercambio que los países americanos, y Argentina entre ellos, al que se debe apuntar.

Aceptada en estos términos la inevitabilidad del modelo de crecimiento económico, queda por ver qué papel debe tener el Estado en ese proceso, y es aquí donde la voz de Alberdi resuena con ecos de vigencia actual. Como principio general, Alberdi proclamaba la función esencialmente negativa del Estado, que no es productor, sino consumidor de la riqueza que la actividad privada genera. La generación de riqueza reside en un instinto natural del hombre de enriquecerse, de modo que el Estado debe limitarse a permitir que ese instinto obre sin trabas, de donde surge la riqueza individual y por extensión, como una suma de las riquezas individuales, la riqueza del país. Monopolios y controles estatales distorsionan el mecanismo de creación de riqueza, y la experiencia histórica muestra que el gigantismo estatal es fuente de dos males que afligen al país: ineficiencia e injusticia.

Alberdi estaba decididamente a favor de la eliminación de los gastos estatales improductivos, entre los que incluía las obras públicas, todo tipo de subsidio a la industria y aun la educación pública. Tan necesario como eliminar gastos le parecía atraer a los capitales extranjeros, pero debe señalarse que, en el pensamiento de Alberdi, los mismos no estaban destinados a financiar un desarrollo industrial autónomo, sino a financiar el desarrollo de la actividad agropecuaria y el comercio internacional al cual la misma debía orientarse, entendidos ambos como las verdaderas fuentes de riqueza del país. Alberdi no podía ignorar que este modelo conde-

²⁶ *Ibid.*, p. 278

naba a Argentina a una fuerte dependencia, pero, a su juicio, no había nada que temer, pues se trataba de una “dependencia libre y de pura civilización”, como ya se ha mencionado, y destinada en última instancia a ganar el respeto internacional que a su juicio se brinda a los países que han logrado ser ricos. La solución propuesta para salir de la crisis y el atraso es pues la apertura, que debe producirse en un mundo de absoluta primacía de los intereses económicos y de ausencia de fronteras para los factores económicos, en especial los movimientos de capital y de mano de obra.

Hay por cierto en el planteo de Alberdi no pocas contradicciones, en especial en cuanto al origen de los males económicos. Por momentos se afirma que la pobreza reside en el carácter nacional, con sus rasgos de ocio y dispendio, y que no hay mal gobierno capaz de impedir la formación de riqueza si se deja a la gente trabajar libremente. En otras partes leemos, sin embargo, que la mayor y más genuina causa de pobreza es el gobierno, y citando a Adam Smith afirma que el empobrecimiento, en países fértiles como Argentina “es obra exclusiva o de malos gobiernos o de su sistema social”.²⁷ i bien el planteo carece por momentos de claridad, la fórmula de solución ostenta una gran precisión: poner el suelo a disposición de Europa, asegurar el libre comercio, privatizar reduciendo el Estado a sus medidas apropiadas, o sea, limitar la actividad gubernamental a las cuatro grandes misiones que le asigna básicamente la constitución elaborada por Alberdi: estabilidad, poblamiento, establecimiento de una capital nacional y seguridad, con la certeza de que todo lo demás vendrá por añadidura.

2. La evolución del modelo liberal

EL modelo liberal esbozado por Alberdi fue aplicado por la llamada Generación del Ochenta, que logró realizar una Argentina capaz de deslumbrar al mundo por la rapidez de su crecimiento y su riqueza, tal como quedó demostrado en las celebraciones del Centenario. Rappaport ha destacado que el modelo liberal estaba basado en dos paradojas: a) fue aceptado cuando Europa ya había dejado de lado las doctrinas del librecambio, como lo sugieren las palabras de Benjamin Disraeli en el sentido de que el librecambio es el “caballo de Troya” para la penetración imperialista. cosa que

²⁷ *Ibid*, p. 308

ya era evidente en Argentina en la década de 1880, y *h*) una paradoja política, pues la fórmula alberdiana debió adaptarse a la acción de una élite que transformó económicamente al país sin ceder sus privilegios políticos, de modo que en su esencia el liberalismo siguió funcionando con una base política de tono conservador y autoritario. Es claro que la teoría liberal respondía a los intereses de una clase, la burguesía industrial y de un país, Gran Bretaña, lo que fue percibido a su tiempo por Estados Unidos. Como es sabido, el modelo proteccionista norteamericano fue mencionado por Alberdi como un ejemplo negativo, quien como principal aporte doctrinario a la Generación del Ochenta introdujo la idea de facilitar la penetración anglosajona que tomaba en el mundo el lugar que había dejado vacío la decadencia española. Como actitud prevalente, puede afirmarse que las opiniones de fines del siglo XIX coincidían en que para Argentina no había otra alternativa que el modelo sugerido por Alberdi, si se quería lograr un desarrollo rápido. Como resultado de la aplicación de esos planes, Argentina se incorporó al sistema económico mundial orgullosa de ser una aplicación de las teorías librecambistas.

El modelo sugerido por Alberdi, pese a su amplia aceptación por parte de la élite que asumió la tarea de modernización, no quedó incontestado. El modelo norteamericano, por ejemplo, por su proteccionismo, fue visto como positivo por algunos pensadores cuando se discutió la ley de Aduanas. En los debates parlamentarios de 1875 y 1876 hombres como Miguel Cané, Vicente Fidel López y Carlos Pellegrini mostraron ideas vigorosas contra la dependencia frente a las importaciones en el sector manufacturero, afirmando la necesidad de desarrollar la industria nacional.

El modelo era en realidad una respuesta pragmática vinculada a la idea de que el progreso del país requería la puesta en marcha y la explotación de abundantes recursos naturales mediante el capital y la mano de obra extranjeros. Tal como fue recibido y aplicado por la Generación del Ochenta, este modelo no implicaba un rechazo del papel económico del Estado. Bartolomé Mitre, por ejemplo, en su discurso en el Senado Nacional del 14 de septiembre de 1869, rechazaba la idea de que el Estado fuera un mal empresario, insinuando que sólo cuando ejerce funciones económicas en perjuicio de la comunidad, en lugar de su provecho, puede ser considerado mal empresario. Reconocía explícitamente que

“hay una porción de empresas que por necesidad y conveniencia pública debe estar radicada en el gobierno”, entre las cuales incluía las vías de comunicación y las facilidades del comercio.²⁸ Este principio enunciado por Mitre fue aplicado con limitaciones, pues el presidente Juárez Celman afirmaba que la construcción de obras públicas debía ser confiada a la actividad privada, excepto aquellas que, por su naturaleza, atañen a la soberanía del Estado.

Entre las voces que expresaron dudas sobre las bondades del modelo liberal se destaca la de Alejandro Bunge, quien nació en 1880, cuando empezaba una época, y murió en 1943, cuando para Argentina empezaba otra. Bunge fue uno de los primeros en denunciar con agudeza y energía las limitaciones del modelo agroexportador y en advertir sobre la necesidad de cambiar de rumbo antes de que las posibilidades del modelo se agotaran. En su *Revista de Economía* publicó una recopilación de artículos titulada “Una nueva Argentina”, en los cuales advertía sobre el peligro de caer en una profunda crisis si se producían cambios en los mercados industriales. Un país agroexportador es un país de segundo orden, y Bunge dudaba del mérito de la opción de la élite y por ello propiciaba una política de independencia económica, industrialista y de contenido proteccionista, pero no a ultranza, o sea limitando las importaciones de bienes que el país estaba en condiciones de producir en condiciones satisfactorias. Criticaba la teoría del libre comercio porque respondía a los intereses de las potencias industriales, deseosas de colocar en el exterior sus productos. Pese a su nacionalismo, Bunge aceptaba la idea de atraer capitales extranjeros para financiar el desarrollo industrial, y sus preferencias iban hacia el capital norteamericano, que a diferencia del inglés se orientaba al sector manufacturero. En general Bunge fue poco escuchado, aunque dejó discípulos que actuaron en la década de los treinta, o José Figuerola, que esbozó algunos lineamientos de la política económica del primer gobierno peronista.

Entrado el siglo XX se siguió insistiendo en el modelo liberal, pese a que visto en una perspectiva histórica había venido respondiendo, como siguió haciéndolo, casi sin excepciones a los intere-

²⁸ Citado en Tulio Halperin Donghi, *Proyecto y construcción de una nación (1846-1880)*, Buenos Aires, Ariel Historia, 1995 (*Biblioteca del pensamiento argentino II*), p. 453.

ses de una minoría en detrimento de la mayoría. Los momentos de quiebra aparente del modelo, como fue la crisis de 1930, en un panorama global aparecen más como expedientes de circunstancias que como planes globales y coherentes de rechazo del modelo, con sustitución por otro modelo viable que funcionara en su lugar. Los hombres del socialismo, empezando por su figura central Juan B. Justo, siempre estuvieron por el liberalismo económico. Justo afirmaba que el librecambio bajaría el costo de vida para beneficio de los sectores populares.²⁹ El socialismo se opuso a los intentos proteccionistas y votó junto a los conservadores contra los intentos de aumentar las tarifas aduaneras. Lo que más interesa destacar es que el modelo liberal de incorporación a la economía mundial como país agroexportador exigió una fuerte participación del Estado. Desde la Generación del Ochenta se observa una gran participación del Estado, especialmente porque el proceso se puso en marcha mediante un fuerte endeudamiento externo. Una parte importante del capital extranjero invertido entre 1880 y 1930 fue en forma de préstamos al gobierno o a diversos organismos públicos nacionales y provinciales. El liberalismo económico ha sido el recurso del Estado para obtener los capitales necesarios para la integración de Argentina a la economía mundial que deseaba la élite, pero fue en realidad la crisis de 1930 la que inauguró la verdadera estatización de la economía, el crecimiento de los gastos públicos como una constante y una multiplicidad de controles económicos. En la década de los treinta empezaron a cambiar las reglas del juego y el gobierno comenzó a intervenir deliberadamente en los procesos económicos. Se puede aducir que durante el gobierno del presidente Hipólito Yrigoyen (1916-1922 y 1928-1930) ya se daba una marcada intervención estatal por la creación de Yacimientos Petrolíferos Fiscales o por el notable aumento de los empleados públicos, pero en realidad el gobierno no proclamaba una vocación distinta en cuanto a su intervención en la vida económica. Fue a partir de la crisis del treinta que el intervencionismo económico se convirtió en regla. Aunque los controles, como fueron las Juntas Reguladoras o el control de cambios, fueron obra de gobiernos conservadores, no se daba en éstos una ideología particularmente intervencionista. Más bien puede pensarse que la política dirigista era una respuesta a lo que acontecía en el mundo. La

²⁹ José Aricó, "La tradición socialista" en Anibal Iturrrieta, ed., *El pensamiento político argentino contemporáneo*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1994, pp. 194-195.

ideología del liberalismo económico no ha sido propiedad exclusiva de los liberales, sino que fue aceptada por los conservadores y, como hemos señalado ya, por la izquierda.

El proceso de intervención del Estado en la vida económica se completó hacia 1943, fecha en que aparece bien esbozada la figura de un Estado intervencionista, que por otra parte correspondía a una noción generalizada en el estado de posguerra. El gobierno populista es el que llevó a cabo una decisiva intervención con procesos de industrialización. Todo ello respondió a la necesidad de satisfacer la heterogénea composición de sus bases políticas y sociales, impulsando la creación de empleos estatales e iniciando un desarrollo industrial. Lo que merece destacar es que el populismo recogió la obra de los gobiernos tanto conservadores como liberales en materia del papel del Estado, como la centralización del sistema bancario con la creación del Banco Central, el control de cambios, las Juntas Reguladoras y las Direcciones Nacionales que abarcaron casi todas las actividades productivas del país. Muchas de esas medidas no fueron sólo una respuesta a la crisis del treinta sino una forma de modernizar el aparato estatal en una economía que se volvía más compleja por la industrialización. Pasada la crisis, la industrialización era un hecho aceptado y lo que hubo fue una idea de seleccionar las industrias que debían seguir siendo protegidas por su eficacia, frente a otra idea de proteger la actividad industrial de modo global. En ese contexto se formuló un plan de reactivación económica elaborado por Federico Pinedo. Éste había salido de las filas del socialismo, y en los años veinte, como diputado, fue uno de los grandes defensores del libre comercio. Pese a su filiación ideológica, como ministro y en plena coyuntura de la guerra, propuso el famoso plan que llevaba su nombre, Plan Pinedo, con medidas para activar la industrialización e incentivar la demanda. Pinedo pensaba que en realidad no había por qué avergonzarse de ser un país agroexportador y que "la producción rural no tiene por qué identificarse con el atraso ni la industria con el progreso".³⁰ Especialmente por la particular coyuntura de política internacional e interna en que le tocó actuar, Pinedo dirigió equipos intervencionistas y su plan de 1940 se considera el primer plan serio de industrialización. Por primera vez el plan proponía un financiamiento a largo plazo para el desarrollo industrial y el fo-

³⁰ Federico Pinedo, *Política conservadora, verdadera antítesis del peronismo*, Buenos Aires, UBA, 1949, p. 58.

mento de la construcción de viviendas le daba un fuerte sabor keynesiano. Tuvo como novedad de política económica una débil protección y el incremento de la demanda para reactivar la economía. Los radicales no lo apoyaron, ni tampoco la Sociedad Rural Argentina, opuesta a lo que consideraba un apoyo artificial a las industrias y a la edificación fomentada por el Estado como un mecanismo regular del mercado de trabajo.

Pinedo pensaba que un plan de industrialización a toda costa no es deseable, pues no tiene en cuenta a veces las posibilidades reales con las que cuenta el país, lo cual es especialmente peligroso en el caso de una industrialización a cargo del Estado, que se lleva a cabo, por consiguiente, con dinero del erario público. En su libro más conocido, *La argentina, su posición y rango en el mundo*, Pinedo hizo una crítica al avance del estatismo por sus efectos negativos en lo social y económico. La crítica va dirigida a los excesos del estatismo, pero no pretende negar por completo la función económica del Estado: Pinedo habría sido la expresión de un liberalismo sano, sin pretensiones de minimizar la función estatal,³¹ ya que negaba la posibilidad de dejar todo en manos de la iniciativa privada y sugería la necesidad de evitar todo dogmatismo, tanto estatista como antiestatista.

3. El peronismo

Según Iturrieta, fue “un esfuerzo para construir un proyecto nacional en un momento en que las relaciones internacionales, en las circunstancias de la Segunda Guerra, o sea en un ambiente de guerra fría y el antagonismo de modelos diferentes de desarrollo industrial”.³² La peculiar coyuntura internacional concedió al país un margen de autonomía, determinado por la crisis de las potencias mundiales, que permitió alimentar la industrialización y la participación de los sectores populares en el sistema productivo y, en cierta medida, en las decisiones políticas. Algunos autores, como Laclau,³³ han señalado la carencia de una coherencia ideológica en el peronismo, característica que juzgada positivamente equivaldría a un pragmatismo. El peronismo, en cincuenta años de tra-

³¹ Ezequiel Gallo, “Las ideas liberales en la Argentina”, en *El pensamiento político argentino contemporáneo*, pp. 172-173.

³² Iturrieta, *El pensamiento*, p. 238.

³³ Ernesto Laclau, *Política e ideología de la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

yectoria, ha evidenciado muy claramente un pragmatismo que, siendo una vocación de sobrevivencia por sobre los costos que pudiera implicar, se ha convertido en uno de los rasgos de su identidad. Por cierto la intensificación del pragmatismo ha hecho diluir otros rasgos de su ideología, sobre todo los que lo caracterizaron en el momento de su emergencia y sus banderas históricas.³⁴ El peronismo plantea varios interrogantes, en especial si realmente existe una doctrina peronista, y si se da en ella un cuerpo central de ideas que permitan considerarla independiente y distinta tanto de un pensamiento de derecha como de uno de izquierda. Los cambios experimentados por el peronismo han llevado a algunos a insistir en que existen varios peronismos, como sería el caso de Alejandro Horowicz, quien habla de "cuatro peronismos", pero otros creen que sólo se trata de etapas que revelan continuidades históricas y fórmulas de sobrevivencia.

En el primer peronismo, el de la formación histórica del pensamiento peronista en los años de la posguerra y la guerra fría, hubo un intento ideológico y de política real de colocarse por encima de los grandes bloques, con doctrinas sociales teñidas de nacionalismo. En esa primera etapa del peronismo los elementos autoritarios se mezclaron con doctrinas sociales, el nacionalismo económico y la búsqueda de soluciones alternativas a los dos bloques en pugna. Con un vigoroso papel del Estado, el movimiento peronista propuso metas de industrialización, desruralización de la sociedad, expansión del mercado interno y organización de sectores sociales, como el caso de los sindicatos.³⁵

En el pensamiento político el peronismo exhibía las tres conocidas banderas de justicia social, independencia económica y soberanía política. Como doctrina, el justicialismo fue un intento de superación de la disyuntiva capitalismo vs comunismo, pero, como Peter Waldmann ha señalado, el concepto clave fue el de la defensa nacional.³⁶ En el contexto de esa doctrina, el peronismo observaba que las naciones, en aras de su defensa, movilizaban la totalidad de sus industrias y la carencia argentina residía precisamente en la falta de desarrollo industrial. El pilar estaba en la industria

³⁴ Iturría. *El pensamiento*, p. 238

Sobre la diversidad de corrientes ideológicas que influyeron en el peronismo véase Cristian Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987

Peter Waldmann, *El peronismo, 1943-1955*, Buenos Aires, Ilyspamérica, 1985 (*Biblioteca argentina de historia y política*), p. 38

pesada con amparo del Estado, en un contexto marcado por la idea de la comunidad organizada, de crítica al pensamiento liberal y también al marxista, con una propuesta de colaboración armónica entre el individuo, la sociedad y el Estado. La economía, en la concepción peronista, debía estar al servicio del bienestar social dentro de un gobierno centralizado y un Estado organizador de la actividad económica. El peronismo dio amplias proyecciones al papel del Estado, convencido de que la conducción de la economía debía estar en manos del país e insistió en que el control de los instrumentos financieros no podían estar en manos extrañas.³⁷ Como ya se ha señalado, la intervención del Estado no era un hecho nuevo en la vida argentina, pero fue el peronismo el que radicalizó ese papel y la regulación estatal, dando al Estado la misión de “elemento activo de defensa del equilibrio social”.³⁸ El elemento fundamental de planificación estatal fueron los planes quinquenales del peronismo. Hacia 1952 la política económica del peronismo empezó a presentar problemas y entraron en escena conceptos que no son sustanciales al nacionalismo económico como el de productividad y eficacia.

El peronismo ubicó la política en el marco de la reforma constitucional realizando modificaciones en el sector público para nacionalizar y estatizar la economía, movilizar a sectores emergentes de la sociedad y llevar a cabo obras de infraestructura y de industrialización dentro del marco de un estado de derecho. El peronismo tuvo un concepto crítico de la constitución de 1853, esbozada por Alberdi, como una que “escinde el dominio económico-social concebido como el campo reservado a las iniciativas libres y apolíticas, y el dominio político, reducido a las funciones indispensables para asegurar el libre juego de los derechos y los intereses privados”.³⁹

Sobre todo a partir de la caída de Perón, el peronismo se vio enfrentado con la necesidad de ajustes que le permitieron mantener sus bases y también conquistar el apoyo de otros estratos. El cambio en las circunstancias históricas fue demostrando, por ejemplo, que el nacionalismo económico había enajenado el apoyo de importantes sectores y que estaba fuera de lugar, como también que el peronismo mostraba una peligrosa incompreensión de la eco-

³⁷ Miguel Miranda, *Hechos e ideas*, núm. 47, tomo XI

³⁸ Citado en Iturrrieta, *El pensamiento*, 246.

³⁹ *Ibid.*, p. 247

nomía de mercado. O menos obvia se mostraba la sobredimensión del Estado como regulador de la economía y la necesidad de modernizar y desmilitarizar el Estado.

Con la caída de Perón el peronismo se vio enfrentado a muchas crisis y desembocó en un movimiento de renovación que procuró modernizarlo y democratizarlo quitándole su carácter de movimiento y dándole el de un partido capaz de actuar dentro de un sistema pluralista y democrático. Ese movimiento de renovación trató de recuperar el pasado industrialista y nacional y se ha señalado que todas esas ideas de cambio significan una ruptura total con el pensamiento y la cultura política del peronismo,⁴⁰ pues, como se ha señalado, las ideas de pragmatismo y productividad estuvieron presentes desde los comienzos. El último paso en la larga trayectoria de adaptaciones y pragmatismo del peronismo se da con Menem quien, adherido a las banderas del neoliberalismo, plantea interrogantes acerca del futuro de las principales señas de identidad peronista, es decir, la independencia nacional y el programa de justicia social.

4. El menemismo y el neoliberalismo en la Argentina de hoy

La gestión del gobierno de Carlos Menem se inscribe en un proceso de cambio a largo plazo de la sociedad argentina, señalado por Mora y Araujo y concretado en los siguientes aspectos: un marcado aumento de las actitudes productivistas (o sea, importa más la producción que la distribución), una preocupación dominante por la inflación, una pérdida de confianza en los partidos y los dirigentes políticos tradicionales, una pérdida de confianza con la consiguiente pérdida de fuerza en los sindicatos y predominio de las actitudes privatistas.⁴¹ El menemismo, según Eugenio Kvaternik, es un populismo anticorporativista: populismo porque invoca al pueblo por encima de los poderes establecidos del Estado hipertrofiado y los intereses creados por la dirigencia política tradicional.⁴² Desde un punto de vista ideológico, el gobierno justicialista ha dado un giro hacia la derecha que, combinado con

⁴⁰ Iturrieta. *El pensamiento*, p. 265

⁴¹ Manuel Mora y Araujo y Felipe Noguera, *La reducción del Estado en la opinión pública*. Buenos Aires. SOC MERC. 1986

⁴² Eugenio Kvaternik. *El menemismo, reflexiones sobre el centro, la derecha y el populismo*. Buenos Aires. IDICSO-Universidad del Salvador. 1992, citado en Iturrieta, *El pensamiento*, p. 319

el desplazamiento hacia el centro del electorado argentino, pueden hacer pensar en un fortalecimiento de la coalición justicialista-conservadora. En su desarrollo, el menemismo se ha perfilado como un movimiento que, sin perder las bases electorales del peronismo, ha adquirido capacidad para expresar a los sectores más productivos de la sociedad.

La nueva virtud menemista es, sin duda, la inquebrantable voluntad del presidente de seguir adelante con su plan de reforma del Estado, aunque, según Palermo, las reformas menemistas serían más que un proceso determinado por cuestiones doctrinarias, un imperativo resultante de la crisis o, puesto en sus palabras, "el camino que ha impuesto el colapso presentado como una adhesión sincera a la economía de mercado".⁴³ Menem sabía que las reformas podían provocar problemas en el frente interno peronista, y por eso optó por una ruptura con el pasado en forma de una redefinición de las valoraciones colectivas en torno a ese pasado, denunciando los problemas en el tiempo de Perón a los que no se hizo frente y dieron por resultado el golpe militar de 1955, en un "repaso de la historia argentina inusitado para un presidente peronista".⁴⁴

Al empezar las reformas, Menem tenía una dirigencia real en un partido democratizado. El triunfo del movimiento renovador no sólo transformó la cultura antipartido del peronismo, sino que consiguió resolver una cuestión clave, la de los sindicatos, consiguiendo un equilibrio estratégico dentro del partido al fortalecer a los dirigentes políticos sobre los sindicales, que antes habían gozado de un poder sobredimensionado. Al abrigo del restablecido poder de los elementos políticos dentro del partido surgió un nuevo sector, el de los "economistas", a través de quienes las voces del empresariado empezaron a ser escuchadas con atención por el gobierno. Sin duda "a contrapelo" de lo que era el sentido común peronista, se fue introduciendo un consenso sobre la inevitable necesidad de revisar las orientaciones económicas y estatales del partido.⁴⁵

El nuevo peronismo de estilo menemista aparece "casado" con el liberalismo. El presidente ha expresado una voluntad explícita

⁴³ Vicente Palermo, "El menemismo, ¿perdurará?", en *El pensamiento*, p. 313

⁴⁴ *Ibid.*, p. 314

⁴⁵ Carlos Menem, *La esperanza y la acción*, Buenos Aires, Emecé, 1990, p. 80

⁴⁶ *Ibid.*, p. 81.

de acabar con los viejos pilares del peronismo, que a su juicio dieron por resultado la destrucción industrial, desinversión, achicamiento del mercado y restricción de las fuerzas productivas del país.⁴⁶

A lo que se aspira es a la "economía popular de mercado" cuya filiación al peronismo el presidente procura destacar afirmando que "es un concepto que resume nuestras más preciadas banderas, actualizadas a la luz de los tiempos que corren. Es una economía popular porque respeta el interés nacional y la justicia social. Es economía de mercado porque respeta el libre juego de la actividad privada".⁴⁷ La idea básica del funcionamiento de esta economía "popular de mercado", es la presencia del menor número posible de regulaciones y, a través de la eliminación de las actividades ineficaces del Estado, aumentar la participación social. Citando las palabras del Papa, Menem ha enfatizado el concepto ético de la economía, y su dependencia de los valores del cristianismo, así como la centralidad del concepto de justicia social, que en las teorizaciones formuladas por Menem constituiría algo así como el principio y al mismo tiempo el fin de la economía de mercado propuesta.

El menemismo no niega que la industria y el desarrollo tecnológico sean los pilares de la independencia económica del país, pero cree que esa independencia no puede lograrse por los mismos instrumentos de hace cuatro décadas, o sea que la estatización de los medios de producción ha dejado ya de ser un instrumento del desarrollo. Por tanto, la transformación del peronismo no responde a un "capricho ideológico", sino que es una adecuación a las circunstancias históricas y a las experiencias del país en medio siglo.⁴⁸ Frente a no pocas acusaciones de que su peronismo resulta irreconocible, Menem ha destacado que no hay ningún alejamiento de las banderas del peronismo y que "nuestros objetivos son los que permanentemente señalaba el general Perón, la felicidad del pueblo y la grandeza de la patria".⁴⁹ Esas banderas, al igual que los intereses nacionales permanentes, se consideran sin cambio, como también el ideal peronista de alejarse tanto de posiciones de extremo individualismo como de actitudes fascistas de derecha, así como de posiciones marxistas. El presidente ha señalado que la economía popular de mercado tiene como pilar una clase empresaria nacional nueva y pujante, y pretende avanzar corrigiendo un fu-

⁴⁷ *Ibid* p 83

⁴⁸ *Ibid.*, p. 96

⁴⁹ *Ibid*

nesto error del pasado: el gigantismo estatal, y trata de llegar a la realización de un Estado que sea un servidor de la nación y no una organización que con sus déficits y su ineficacia de sangre al país.

5. El funcionamiento del neoliberalismo menemista y sus problemas

En la Argentina de Menem la idea de mercado como sola fuente de organización de la economía "recuperada de un estado casi de muerte"⁵⁰ se ha convertido en el pilar de las reformas, junto al supuesto ideológico de que el papel del Estado ha sido proteccionista en exceso e ineficiente. Las cuatro medidas de la apertura son las privatizaciones, la inversión externa, la eliminación de los aranceles y la reducción del déficit fiscal. La nueva economía tiene como eje aquello que sus críticos consideran un pilar imaginario, el desarrollo de grandes grupos financieros privados nacionales. El neoliberalismo y su aguda crítica a las intervenciones estatales marcha sobre "olvidos" importantes, como es el hecho de que esas intervenciones, hoy tan repudiadas, tuvieron legitimidad en su momento por ser obra de gobiernos populares y por haber generado algunos resultados no despreciables en cuanto a industrialización. Entre los olvidos, al proclamarse las ventajas del modelo competitivo, está el hecho crucial del salto al capitalismo monopólico, lo que genera el inmediato peligro de que el capitalismo de Estado sea reemplazado por un capitalismo de grupos monopólicos, especialmente extranjeros.

En el nuevo Estado al que se aspira predomina un principio de racionalidad tecnocrática, con una visión de la política que se resuelve en administración eficiente. El discurso político tiene una fuerte carga ideológica, a pesar de que desde el gobierno se proclama la muerte de las ideologías, por su antiestatismo, sus ideas minimistas del Estado y su concepción de las relaciones Estado-mercado como una suma cero, donde el avance de uno implica el retroceso del otro. Ha quedado fuera de moda el discurso de la debilidad de la empresa privada latinoamericana por la hegemonía del capitalismo internacional y la necesidad de que el Estado sea depositario de los recursos necesarios para proyectos de infraestructura, o propietario de las empresas de interés público. Pre-

⁵⁰ Carlos Mallorquín, "Un breve recuento de la deconstrucción del estructuralismo latinoamericano", en *Estudios Latinoamericanos*, p. 63

domina el discurso contrario: la empresa privada, nacional o extranjera, es la única capaz de productividad y dominio tecnológico, con lo cual puede enfrentar las necesidades de la sociedad y del país.

La reforma del Estado bajo Menem ha seguido los patrones conocidos de nuevas instituciones con debilitamiento de los grupos sociales existentes, en especial los sindicatos y los partidos políticos que ya ni siquiera son mencionados en el discurso menemista y de una reforma dando mayores poderes al Ejecutivo, por la posibilidad de reelección y la transformación de instituciones históricas, como la Universidad. La peculiaridad de la reforma estatal es que ha venido del Estado mismo y no de la sociedad. Los equipos dirigentes están dominados por la idea de que primero se crece y después se redistribuye. La lógica aplicada ha llevado a un proceso de reconversión y privatización a un ritmo de mayor profundidad y más acelerado que en otros países, y se vive lo que Hernán López Echagüe ha denominado "la utopía del Primer Mundo".⁵¹ El aparato montado por Perón para lanzar a la Argentina en un vasto proyecto de desarrollo industrial está siendo desmantelado. El gobierno peronista de Menem está realizando una política que descansa sobre las premisas de lo que el discurso liberal vino diciendo por décadas: la ineficiencia de la acción estatal conspira, en definitiva, contra los intereses populares a los que supuestamente defiende.

Una característica relevante del proceso es que la tarea de desmantelar el Estado no ha sido confiada a hombres del partido, ni a un buen número de tecnócratas de prestigio, en tanto grupo, sino a los agentes directos del poder. El peronismo, sumido en el estupor y debilitado por las luchas internas, el radicalismo, agobiado por el fracaso de su paso por el poder con Alfonsín, y una izquierda derrotada no han tenido capacidad de reacción. Este panorama sugeriría que la única resistencia previsible podría venir del sindicalismo, pero la columna vertebral de éste vive uno de los momentos más difíciles de su larga trayectoria histórica, lo que tiene como raíz económica el proceso de desindustrialización, sumado a la crisis del verticalismo. Toda esta falta de resistencia frente a la reforma promovida desde el poder puede ser entendida en el marco más general de la despolitización e inmovilización de la socie-

⁵¹ Hernán López Echagüe, "Argentina, la República neoconservadora, y la utopía del Primer Mundo", *Nueva Sociedad*, núm. 117 (enero-febrero de 1992), p. 4

dad. El discurso menemista se caracteriza por la falta de apreciación de los partidos políticos como instrumentos del quehacer democrático, y la palabra "política" se ha vuelto un término poco frecuente en el lenguaje que se maneja a nivel oficial. Se ha tenido éxito en alejar al pueblo de las grandes discusiones nacionales, consideradas cosas que atañen al presidente y su gabinete. El panorama general sería, pues, el de las "dos Argentinas, una que celebra los triunfos del neoliberalismo y otra que dormita".⁵²

La falta de reacción popular no significa sin embargo que no se escuchen voces críticas. Entre ellas, una que se destaca por su visión global del proceso indica que la desregularización aceptada por el gobierno de Menem como una enseñanza de los centros se contradice con lo que ocurre en los países centrales, que por cierto no dejan todo librado a las fuerzas del mercado. En tal sentido, el proyecto neoliberal sería pues para Argentina, y también para otros países en desarrollo, un "producto de exportación" hacia el Tercer Mundo, lo cual ha llevado a afirmar que lo que se ve hoy en Argentina y los demás países latinoamericanos no es neoliberalismo, sino subliberalismo.⁵³ A esta observación se añade otra no menos importante: la pretendida desregularización no sería sino un falso nombre que oculta la sustitución de un viejo sistema de intervenciones estatales por otras más favorables a los grupos dominantes.

Otra de las posiciones críticas se pregunta si el menemismo es una configuración estable que realmente aglutina y expresa a las opiniones promercado, combinadas con las inclinaciones antipolíticas originadas en el desprestigio de los partidos. Se sospecha que los grupos que apoyan el discurso menemista parecen poco propensos a mantener identidades políticas estables. Hay una indudable heterogeneidad de opiniones sobre la economía y el papel del Estado, mostrada en las investigaciones realizadas por Mora y Araujo y Noguera en 1986, ya citadas, quienes observaban que las encuestas de opinión pública no daban necesariamente un vuelco de la población en favor de la ideología neoliberal, sino un proceso de incorporación de valores antiestatistas en diversos contextos ideológicos.

Las posiciones privatistas parecen un apoyo no a un "arrinconamiento" total del Estado sino a un deseo de acabar con un Estado predatorio y con el capitalismo asistido. En 1989 Zuleta

⁵² *Ibid.*, p. 6.

⁵³ Rodrigo Arocena, "América Latina ante el subliberalismo", *Nueva Sociedad*, núm 121 (septiembre-octubre de 1992), p. 105

Puceiro mostraba que 27.4% se pronunciaba por la no intervención del Estado en la economía, pero se admitían formas de intervencionismo puro (11.1%), intervencionismo básico (25.1%) e intervencionismo regulador (23.9%).⁵⁴ Parece evidente que es la clase social la que determina en parte las ideas, y que los sectores bajos esperan un mayor papel del Estado. La oposición Estado-actividad privada, por cierto, atraviesa todos los segmentos económicos, pero se expresa más claramente en los segmentos medio alto y alto de la población. Las encuestas mostrarían que la mayoría de los argentinos está convencida de que la actual política económica sólo privilegiará a los grupos poderosos, nacionales y extranjeros, y afectará a los menos poderosos.⁵⁵

Otro enfoque crítico del neoliberalismo menemista se refiere a elementos doctrinarios. El menemismo, a juicio de Palermo, se caracteriza por ser "endebles en lo conceptual como en lo simbólico", y está herido de muerte por una vacuidad doctrinaria que no alcanza a ser disimulada por el intento de formular "actualizaciones doctrinarias". Más de una vez el presidente Menem, urgido por la necesidad de justificar políticas y de referir las políticas adaptadas al peronismo, ha formulado actualizaciones doctrinarias, pero juzgadas desde un punto de vista ideológico. "habría que hablar más bien de vaciamiento".⁵⁶ El discurso presenta conceptos que lejos de definir posiciones ideológicas, contribuyen a crear imprecisiones, como aquello de que "no creo en el privatismo ni en el estatismo, yo creo en el argentinismo".⁵⁷

Muchas de las críticas han venido del sector peronista. La encuestas realizadas por Zuleta Puceiro muestran que 60% de los votantes peronistas pensaban que la situación empeoraría con la política neoliberal. El apoyo del sector peronista a Menem nace, más que del antiestatismo, del repudio de la partidocracia tradicional. Ésta parece indicar que la prédica menemista del mercado como único ordenador social se corresponda a una alteración radical en las orientaciones y la mentalidad de los votantes peronistas. El menemismo, más que a las propias filas peronistas, parece ganar el apoyo del nuevo conservadurismo. El pensamiento conservador entiende que se vive en Argentina una reacción contra el

⁵⁴ Citado en Palermo, "El menemismo, ¿perdurará?", p. 328

⁵⁵ *Ibid.*, p. 332

⁵⁶ *Ibid.*, p. 340

⁵⁷ Carlos Menem, *Clarín*, 17 de mayo de 1991

populismo y el marasmo que personificó, y que tal reacción tiene notas de unanimidad. Después de experiencias tales como la dictadura militar, la guerra de las Malvinas y los fracasos económicos, lo que se buscó, en la interpretación conservadora, no fueron tanto modelos externos, como se tiende a afirmar al analizar el neoliberalismo, sino que se actuó por un instinto de supervivencia social. Se percibió que los sufrimientos del país no se alivian con recetas ideológicas y por esta intuición popular los ideólogos empezaron a perder peso, o a “desvanecerse socialmente”.⁵⁸ Las experiencias de la cultura de la violencia, que el país vivió en las décadas de los sesenta y setenta, fueron otro llamado al realismo. De lo señalado puede verse que el conservadurismo cree que el neoliberalismo imperante no ha sido una imposición de los centros a los países periféricos, como los críticos afirman, sino una suerte de reacción instintiva de la sociedad al borde de su disolución. Desde esta perspectiva conservadora Menem es visto como un milagro, un peronista sin populismo, liberal en economía y en ciertos aspectos, “uno de los nuestros”.

Las voces conservadoras ven el devenir argentino como un proceso de crecimiento notable hasta los años treinta, que habría sido abruptamente interrumpido por el peronismo. Piensan que hay algo que termina en la Argentina de hoy, tanto la noción de sociedad que se tenía, como el Estado tal como fue concebido a partir de la crisis del treinta. El Estado ya no puede, en la perspectiva conservadora, tomar el papel activo que antes asumió, entre otras razones, y esto es importante, porque la sociedad argentina ya no tiene voluntad de sostener un Estado de ese tipo. Por sobre todas las cosas, el modelo neoliberal es alabado por el conservadurismo porque funciona en un marco de retorno a un pensamiento y a una acción realistas, tras décadas de “rampante populismo”.⁵⁹

Conclusiones

COMO otros países latinoamericanos, Argentina obedece al modelo señalado por Alain Touraine de acción política caracterizada por una interdependencia entre lo social, lo político y lo estatal. De este modo muchas creaciones no son producto de movimientos sociales, sino de intervenciones políticas, por lo que se puede

⁵⁸ Véase Marcelo Monserrat, ed., *La experiencia neoconservadora*. Buenos Aires, Sudamericana, 1992

⁵⁹ *Ibid.*, p. 10

temer que la nueva ideología de la pospolítica y minimización de lo estatal tenga serias incidencias en el progreso social. Hasta ahora, nada parece confirmar la idea de que el interés privado proveerá a una asignación de recursos conveniente desde el punto de vista del interés social. El resultado a la vista es el señalado por Adolfo Dorfman: la industria no llega a la cuarta parte del producto bruto, y sólo ocupa una quinta parte de la mano de obra disponible. Hay un cierto retorno a la primarización y los críticos puntualizan la falta de un proceso industrializador de características tales que ponga al país en condiciones de competir internacionalmente. El argumento que respalda a las privatizaciones es que las virtudes de la libertad mercantil traerán eficacia, pero se puede temer que las innovaciones científico-tecnológicas que afectan positivamente al proceso social difícilmente podrán tener lugar dentro de un proceso de crecimiento con desindustrialización. Los críticos del modelo observan que la propuesta de desregular, en un mundo de intensa y permanente regulación en sectores clave de los países avanzados, hace del liberal un discurso negativo. El ejemplo argentino se considera no comparable a otros casos por lo profundo del debilitamiento del Estado, con su renuncia a expresar políticas a largo plazo e intentar correctivos para atenuar las consecuencias de los procesos desencadenados.⁶⁰

Sin duda, la política neoliberal adoptada por el gobierno menemista está encuadrada en el marco global del triunfo indiscutido del capitalismo en el mundo, con notas propias, resultantes de las experiencias políticas vividas por el país y las circunstancias ideológicas peculiares, concretadas en la pérdida de vigencia de posiciones izquierdistas y revolucionarias y de un revivir del neoconservadurismo. Entre toda esa compleja trama que sostiene al neoliberalismo argentino, vuelve a asomar la fórmula alberdiana, esto es, la coexistencia de una idea conservadora en política con una actitud liberal en economía, dentro del marco constitucional de un ejecutivo con amplios poderes. Bien mirado, el neoliberalismo tiene más rasgos conservadores que liberales, se acerca marcadamente al lema del roquismo de "paz y administración", elemento éste tan valorado que la política se ha reducido a administrar, con un pragmatismo notable que en la terminología menemista recibe el nombre de "argentinismo".

⁶⁰ Mauricio Tenenewich, "Evacuados y dólares", *Nueva Sociedad*, núm. 121 (septiembre-octubre de 1992), pp. 150-154